

Juan Guzmán Cruchaga

Por María Carolina Geel

Cualquiera sea el lugar del mundo donde muera un poeta, ese lugar queda silenciosamente herido. Silenciosamente, también, disminuido. Y aunque pensemos que, como en este caso, ese poeta recorrió casi el total de la existencia concedida a los humanos, y que esa existencia floreció comunicando a los demás el más alto de los dones posibles, la poesía, siempre nos entristece porque uno querría que no se fueran nunca.

Hay momentos en que nos parece que Juan Guzmán Cruchaga fue tan integral, tan profunda, tan visceralmente poeta que creemos imposible que no lo siga siendo del otro lado de la vida.

Nuestras largas charlas en los inviernos de Viña del Mar, frente a un océano que tan pronto parecía un puro reverberar de luces como cerrábase sombrío sobre su propio misterio; o bien, ya de noche, en el pequeño salón lleno de recuerdos traídos del vasto mundo, eran charlas de un solo tema: la literatura.

Porque ocurría que, ex diplomático, era muy grande y variado su bagaje de anécdotas, experiencias y relaciones, las cuales relataba con su voz apagada; mas, por la fuerza de su culto y el nuestro, las letras, esos relatos siempre resultaban con alguna relación directa o indirecta con ellas. A veces hablaba de esas cosas sobrenaturales que acaecen en la vida de algunos seres entre los que él, acaso por una sensibilidad extremada, se contaba. Fantasía o no, desde su inquietud imaginativa, las lejanas alucinaciones vibraban un instante en la cálida y amable estancia.

Por otra parte, oyéndole expresarse en el largo ano-

cheer invernal, la voz como mecida por el oleaje tranquilo que, afuera, tan cerca se escurría entre los grandes peñascos del dique, dejaba la impresión de que lo único que en el mundo importaba era la poesía.

Muchos años habían pasado sin conocerlo personalmente. Una vez intercambiamos cables tratando de reunirnos en Roma donde él con Raquel, su mujer, se detendrían. Pero no pudieron coincidir las fechas. Hasta que un día, ya en Santiago, sabiéndolo coleccionador de documentos y correspondencias, lo llamamos. Se trataba de obsequiarle una carta que nos había escrito Albert Camus. Y bien, se nos apareció tan poeta en su presencia como lo era en sus poemas. La sencillez sorprendente de su trato conquistaba en el acto.

Sobre esa sencillez señorial querríamos agregar algo. Nunca se desvivió por buscar la celebridad. Cosa poco, muy poco común entre escritores y artistas. Si ella venía era bien recibida, es decir, con la naturalidad del que sabe que le es debida. Si sufrió postergaciones, éstas quedaron al margen; porque el centro de su vida estaba en el trabajo de la creación poética, en el fervor de leer a los otros.

A los artistas y literatos no hay que conocerlos nunca, se ha dicho y lo hemos repetido, porque su estampa rara vez concuerda con su obra. Mas, para que tal aserto sea válido, como en toda cosa, debe tener excepciones relevantes. Como decíamos arriba, Guzmán Cruchaga fue hombre de presencia grata y cordial, y en su fisonomía se hallaba desde el primer instante la fina concordancia del hombre y de la obra.

Queremos recordar sus abstracciones. Solía, en Viña, pasear por la playa entonces solitaria. Lo hacíamos también por nuestra parte. Y ocurría que avanzábamos en sentido convergente y aunque hubiésemos conversado largamente el día anterior, su mirada pasaba más allá, no nos veía, ni menos reconocía, y todo su rostro parecía absorto en alguna visión interior, en algún secreto monólogo que lo abstraía. Sólo una vez, ya frente a frente, le hablamos. Pareció despertar y se excusaba, confundido. Pero al final, ambos nos divertimos.

Después de la suya, han llegado nuevas voces poéticas, no pocas de valores muy altos, de expresiones inéditas, despertando nuevos placeres estéticos, nuevas resonancias. No obstante, aunque allí están, la poesía de Guzmán Cruchaga permanece íntegra e invulnerable dentro de su clima, su acento, es decir, en el propio ámbito que se creó por sí misma. Puede pasar veloz el tiempo con sus cambios, pero al abrir alguno de sus libros siempre nos conmovió ese acento, ese clima, la nostalgia soñadora que habitó su espíritu y selló su poesía. La voz sentimental, sí, sencillamente sentimental, que tanto vulgariza la forma en otros, en Juan Guzmán Cruchaga se singularizaba a fuer de ser auténtica y sostenida por la perfección métrica.

Todo escritor, poeta, artista, tiene expresiones que llamaríamos "raíces", que en el conjunto de su obra determinan una especie de dirección del temperamento tanto como de una característica. Juan Guzmán era atraído por las imágenes del agua. Ya en la segunda hoja de la *Antología* publicada con motivo del Premio Nacional, aparece un título "El agua en la noche", donde están sus

"sueños que van por el agua de seda"; más adelante: "Romance del agua dormida" la que "entera/te besa el beso del agua".

Pero por sobre todo lo ensimisma la rosa. La cantaba en todos los ritmos y acentos. En su último libro, *Sed*, hay todavía tres títulos con su rendido homenaje: "La rosa y el viento", "La Rosa" y "Rosa eterna". En la *Antología* aparecen "Rosa de humo", "Rosa de ceniza" y otra "La rosa". Además, reiteradamente aparece entre los versos de sus poemas. En verdad, quienquiera que contemple el milagro de hermosura que es una rosa perfecta se inclinará ante el fino bardo.

Hay al final de la *Antología* una especie de epílogo firmado por un nombre o seudónimo que declaramos no conocer en absoluto: *Salarrué*. Creemos que su lirismo tan entusiasta vale recordarlo ahora. He aquí un pasaje: "Su libro es una obra en vidrio esmerilado, de corte magistral por su pulcritud y por su pureza. Está hecho en un torno de giros lentos, por manos con guantes de amor"... Lirismo, aunque extremo, valedero en su sinceridad.

Por su parte, refiriéndose a la célebre *Canción*, obra cumbre tal vez de Guzmán Cruchaga, Alone escribió en el prólogo: "He ahí una de las más bellas y más legítimas entre las distintas maneras de sobrevivir".

Fue, acaso, Juan Guzmán Cruchaga, el más dulce y suave de nuestros poetas. Que dos versos suyos, delicadísimos, finalicen esta modesta evocación.

...
Y del jardín un trino cristalino
que es otra claridad de la mañana